

Memorias de un amigo casi verdadero

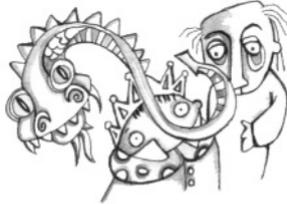
Mónica B. Brozon

Ilustraciones de Luis Cabrera



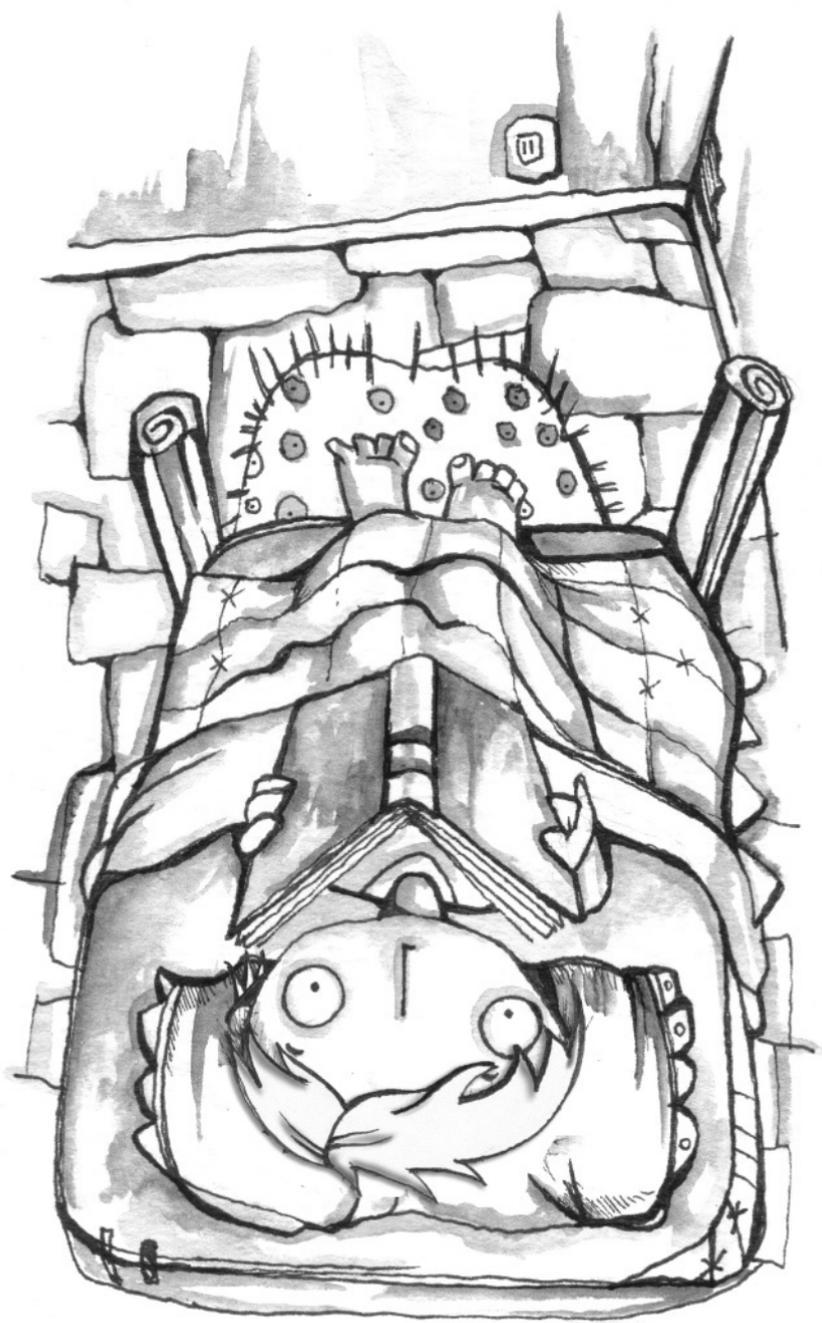
loqueleg

I. Una especie de arranque



Si les digo que Pedro era un niño triste y solitario van a pensar que de entrada esto ya se puso un poco aburrido. Que las historias de personajes tristes y solitarios suelen transcurrir, justamente, tristes y solitarias. ¿A quién le interesa la historia de un niño impopular, que no tenía amigos? Que tenía, en cambio, un par de padres (quiero decir padre y madre, no crean que es tan moderna esta historia) que eran demasiado viejos y que, además de haber entrado en la edad madura muchos años atrás, de pronto hacían locuras que llevaban a Pedro a creer que, si esas cosas eran hereditarias, tarde o temprano él necesitaría la ayuda de un siquiatra.

Si yo pensara que la historia de Pedro es aburrida, no se me ocurriría contársela a nadie. Y no es que él, como todos los niños, solitarios o no, no tuviera de pronto momentos en los que mirando el techo se preguntara qué chiste tenía una vida como la suya. Pedro tenía uno de esos momentos, para ser exactos, todos los días. Leía muchos



libros, eso sí. La lectura le daba variedad a su vida, pero también gracias a ella podía notar que era tan aburrida. En los libros a los personajes les pasan cosas casi todo el tiempo. Muchos de ellos tienen aventuras en lugares lejanos, o romances llenos de pasión, o peligros que sortear. Vaya, tienen algo de adrenalina que les adereza la existencia. A Pedro, desde hacía poco tiempo, lo único que le aderezaba la existencia era la vecina rara. ¿Y quién diablos es la vecina rara?, se preguntarán. Eso lo explicamos al rato.

También hay que decir que en los libros que leía Pedro no sólo no se podían encontrar vidas similares a la suya, sino a la de ningún niño más o menos contemporáneo. Los personajes que poblaban aquellas páginas eran reyes, príncipes, dragones, brujas y el etcétera correspondiente.

En cambio, en las películas que veía, de vez en cuando encontraba personajes con los cuales identificarse. Pero en realidad veía muy pocas, no porque le disgustaran, sino porque no había entonces tantas como ahora. Sucede que la historia de este niño transcurre hace muchos años. No “hace muchos años” en tiempos de carretas e inquisición, sino “hace muchos años” cuando moría la música disco y el pop tomaba su lugar. Las plataformas y los pantalones acampanados se refundían en los armarios y daban paso a una moda equivalentemente horrible. Es decir, comenzaba la década de los ochenta.

No se espanten. De acuerdo, en los tiempos de Pedro en este país no había computadoras, ni videojuegos caseros,

ni control remoto para el televisor, ni teléfonos inalámbricos, no. Tampoco había muchas películas ni libros para niños, ni hamburgueserías transnacionales de las que incluyen un juguete con el menú infantil. A lo más que podían aspirar los niños de entonces en un restaurante era que les dieran una manteleta con juegos tipo “une los puntos” o “encuentra las palabras”. Pero como les digo, no hay que asustarse ni tampoco compadecer a Pedro. Él no tenía nada de eso, pero no le hacía falta; así eran las cosas entonces y no había con qué comparar. Y aunque parezca difícil de creer, los niños no se aburrían. Bueno, Pedro sí, un poco, pero no porque nada de esto existiera, sino porque su personalidad no era muy festiva que digamos.

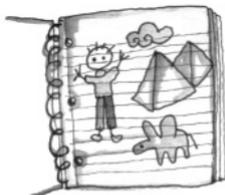
Lo que quiero contar sucedió en ese tiempo, cuando Pedro era un niño de nueve años (casi diez), que tenía una vida un poco aburrida y un poco solitaria. Hoy en día ese niño cuenta más de treinta primaveras. Y los treintones, solitarios o no, ya no acostumbran tener amigos imaginarios, de modo que su historia actual no podría ser yo quien la contara.

Tal vez algunos de ustedes, al terminar de leer el párrafo anterior, levantaron los ojos, se quedaron mirando la pared (o el sillón, o al compañero de la banca de enfrente, o el mar, si es que tuvieron la suerte de agarrar este libro mientras están de vacaciones en la playa), y reflexionaron: “A ver, a ver, ¿cómo que un amigo imaginario es el que nos está contando esto?”. Déjenme decirles que

sí. Esa frase que dice: “la imaginación no tiene fronteras” está muy gastada y es un poco cursi, pero también es absolutamente cierta. Así pues, lo que dije al principio, que el niño de esta historia no tenía amigos, no es tan cierto. Yo, su servidor, fui el amigo imaginario de Pedro.

Y, créanme, no habría nadie mejor para contar su historia.

II. Un día cualquiera en la vida de Pedro Mendizábal



Me parece que la mejor manera de presentar a Pedro es hablar de un día cualquiera en su vida, desde que amanece hasta que apaga la luz de nuevo, después de colocar una raya más en la casilla correspondiente del calendario. “¡Qué horror!”, pensarán algunos, “¡como un preso!” No es que Pedro estuviera propiamente preso. Era libre, al menos tanto como cualquier niño de nueve años puede serlo. Es decir, y vamos a ser francos, no mucho. Libre sería, por ejemplo, de pasarse la tarde rascándose la panza en lugar de hacer la tarea. Ni tanto, porque entonces, al día siguiente, tendría que enfrentar la irracional furia del profesor Bermejo, que solía aventar gisazos cuando alguien le colmaba la paciencia.

Pedro tiene nueve años, casi diez.

A las siete en punto Pedro despierta, en el momento que oye la voz de una señorita que habla como española. No es que Pedro duerma con una señorita española ni de otra nacionalidad. Es la voz que sale del despertador que

le compraron don Jorge y doña María Luisa, sus papás, el día que decidieron que debía empezar a despertarse solo. Es decir, el día que entró a la primaria. Como les daba un poco de culpa no despertarlo en persona, buscaron por todas partes, dispuestos a invertir la suma que fuera necesaria hasta dar con el despertador más original y vanguardista que encontraron, y era éste: el que decía la hora con la voz de una señorita. De manera que día con día, lo primero que Pedro escucha es: “Son las siete, por la mañana”. Normalmente después de siete no iría la coma, pero la señorita española del reloj sí hace esa pausa. En realidad no la hace ella, sino el mecanismo del reloj. La dueña de la voz —que, en efecto, era una jovencita española que estaba viajando por Oriente y fue contratada por la fábrica de despertadores que le pagó por grabar las horas para los relojes de exportación—, dijo las frases de corrido. A ella le sonaba que en lugar de “por la mañana”, debía decir “de la mañana”, pero uno de los chinos le dijo, en un inglés casi incomprensible, que la habían contratado para grabar las frases que le ordenaban y no para opinar sobre las mismas. Así es que la joven hizo lo que los chinos le pedían y cobró el equivalente a veinte dólares en yuans. Que aun entonces no era una fortuna, pero a ella le vinieron muy bien para completar el costo de su boleto de avión a Los Ángeles, adonde quería ir tras los pasos de un norteamericano del cual se enamoró. Pero no podemos distraernos en esa historia, cuya única importancia es que la primera

voz que oye Pedro en la mañana es la de esta señorita. Eso cuando el reloj anda bien de pilas. Cuando se le empiezan a acabar parece que lo está diciendo un hombre español. Se le acaban aún más y suena como un hombre español y borracho. Pedro sabe que es momento de cambiar las pilas cuando la voz, en lugar de venir de una persona, parece venir de ultratumba.

Pedro abre los dos ojos al mismo tiempo y lo primero que piensa es “otro día más”. No es muy original. Porque, de hecho, *es* otro día más. Pero él lo piensa en un tonito de hastío. Como si en verdad estuviera preso, cumpliendo condena perpetua en la comodidad de su hogar.

Pedro se baña todos los días, e invariablemente canta una canción de los Bee Gees titulada *Sobreviviendo*.¹ Los Bee Gees era un trío de hombres que cantaban como mujeres y la canción era el tema de una película llamada *Fiebre de sábado por la noche*, que ya entonces era un poco vieja, pero seguía siendo muy famosa. A Pedro no le gustaban ni la música disco ni los Bee Gees, así que su interpretación en la ducha siempre fue un misterio. Alguna vez lo platicamos con calma (yo tampoco era fan de los Bee Gees y me convenía que dejara de cantarla), pero él decía que era un impulso irrefrenable. Es una locura, ya lo sé. Sin embargo,

¹ Si no conocen la canción, vayan con alguno de sus papás, su maestra o con cualquier persona que tenga alrededor de treinta años y pídanle que la cante o la tararee, nomás para que se den una idea.



así era Pedro a veces. Ahora, imagínense el lío; si ustedes, que nada más están leyendo esto, llegan a suponer que el protagonista de esta historia está de atar y deciden que ya no quieren nada con él, pues cierran el libro y se acabó. Yo no podía hacer eso. No olviden que era su amigo imaginario y estaba con él mañana, tarde y noche. Casi. En ocasiones Pedro prefería estar solo, tan solo que no admitía ni la compañía de su imaginación, y entonces yo me tenía que buscar otros quehaceres.

Después del baño, sigue el desayuno: avena. Todos los días, desde que Pedro tiene uso de razón, ha desayunado avena. No avena con fruta, no avena con canela y miel, no avena con pasitas. En sus tiempos no se encontraban estas variedades. Sólo avena, al natural. La avena es un alimento rico en nutrientes, eso sí, y si uno desayuna con muy buena voluntad, hasta puede resultar sabrosa. Pero comerla todas las mañanas de una vida, incluso una tan corta como la de Pedro, puede llegar a ser muy desgastante. Los papás le dicen que si ya está hasta el cepillo de desayunar avena (por qué hasta el cepillo, no lo sé, debe ser una de esas expresiones que usan las personas de edad), se prepare unos huevos o unos chilaquiles. Todas las mañanas recuerda que no sabe hacer ni huevos ni chilaquiles y desayuna nuevamente avena, mientras piensa que está hartito, pero por lo menos bien alimentado.

Pedro jamás sale de la casa sin antes pasar al cuarto de sus papás, que a esas horas siguen roncando, se asoma y

les hace con la mano una señal de despedida. Cuando acaba de decirlo, en los labios de su dormida madre se dibuja una sonrisa. Ése es uno de varios fenómenos inexplicables que encontrarán ustedes a lo largo de estas páginas. Y ya pueden ir a preguntarle a sus propios padres: “¿Es cierto que una persona dormida puede sonreír cuando alguien le dice adiós con la mano?”. Dirán que no. “¿Aunque sea su propio hijo quien lo hace?” Seguirán diciendo que no. Ni se esfuercen, mejor traten de imaginar a Pedro, bajo el dintel de la puerta diciendo adiós con la mano mientras su madre sonrío con dulzura. No me digan que no es una escena conmovedora.

Para llegar a la escuela, Pedro toma el autobús 102, que es una ruta variable y depende del humor que traiga el chofer. Si viene de buenas, el camión recorrerá dos avenidas principales, que pasan frente a una fuente y un parque. Si viene de malas, se irá por la ruta de detrás del mercado, que es bastante fea, ruidosa y maloliente. Pedro opina que las cosas deberían de ser al revés, que si viene de malas, debería irse por el parque y la fuente para ponerse de buenas. También opina que debería haber menos hambre, menos guerras y menos música disco en el mundo, pero en todos estos casos, así como en la manera que el chofer del autobús toma sus decisiones, su opinión no basta para cambiar las cosas.

Pedro jamás tuvo la oportunidad de ir sentado en el autobús, pues cuando se subía, ya venía sobrepoblado.

Pero esto nunca le agobió porque de todos modos se la pasaba sentado toda la mañana en la escuela. “Excepto en el recreo”, pensarán algunos y estarán totalmente equivocados. Pedro sale al recreo y se sienta en una esquina del patio a tomar el sol. ¿Para qué gastar energía jugando esas cosas tontas que juegan los demás, si sentado al sol podía relajarse tranquilamente? Si sospechan que éste era un pretexto, tienen razón. En realidad Pedro no pertenecía, ni en la escuela ni en la vida, a la categoría de los populares. Los populares que quién sabe qué cosa tendrán para que todo el mundo los siga y les haga caso. ¿Personalidad? ¿Carisma? ¿Una simpatía desbordante? Lo que sea, es algo que Pedro no tenía. Al menos no en un nivel fácilmente reconocible para las personas de entre nueve y once años que conformaban la población del cuarto grado de primaria al que él pertenecía.

Tuvo su origen esta impopularidad, desde luego, como todas las cosas en este mundo lo tienen. Fue en su primera pelea, en primero de primaria. (Hay demasiadas pes en la frase anterior. Espero que si alguien la leyó en voz alta, no haya escupido demasiado.) Sucedió que un compañero llegó al salón de mal humor y de entrada se topó con Pedro, que parecía una víctima fácil. El compañero le pidió, de manera no muy amable, que quitara su mochila del pasillo. Fácilmente hubiera podido brincarla, pero entonces no hubiera conseguido el pleito que buscaba. Pedro lo miró de arriba abajo y comprendió inmediatamente que no tenía